

Historia y ficción en la Literatura Iberoamericana. XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Las relaciones entre historia y ficción han sido desde siempre contradictorias, cuando no antagónicas. Una narra, científica y seriamente hechos sucedidos, la otra finje, entretiene y crea otra realidad. Sin embargo, desde hace un par de décadas se habla de la estrecha relación entre historia e imaginario individual y colectivo, de como el imaginario impregna la historia y hasta crea el hecho fáctico recogido luego en tratados y novelas. Si la discusión se entabla en Europa a partir de los trabajos de Huizinga sobre la Edad Media, nada mejor que el territorio americano para comprobar como historia y literatura se han condicionado mutuamente desde el descubrimiento hasta nuestros días .

Este fue, justamente, el objeto del reciente XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana celebrado en *The City College of the City University of New York*, donde más de ciento veinte participantes discutieron las relaciones entre «Historia y ficción en la literatura iberoamericana» y donde tuve la satisfacción de participar activamente. Presidio por Raquel Chang Rodríguez, profesora del City College, y reconocida experta en la literatura colonial hispanoamericana, los cinco días de trabajo se convirtieron en un verdadero laboratorio de ideas del que surgió una historia enriquecida por mitos, leyendas y ficción y una narrativa profundamente enraizada en el devenir histórico iberoamericano.

¿ENTRETENER A LAS 'MUSAS' O MIMETIZAR LA REALIDAD?

Desde el discurso inaugural de Alfredo A. Roggiano, Director Ejecutivo del Instituto, hasta la mesa redonda sobre «las nuevas direcciones de la narrativa hispanoamericana», con la cual se clausuraron las actividades académicas del Congreso, la historia entendida como disciplina integral, capaz de abarcar mitos, creencias, ideas-fuerza movilizadoras y ficción literaria, estuvo presente. Al final de una semana de trabajo, una rivalidad de siglos parecía conciliada gracias al impulso creativo del imaginario

americano. Las etapas de este proceso surgieron claramente en varias de las sesiones.

El profesor Roggiano había recordado el primer día, el famoso distingo de la *Poética* de Aristóteles entre Historia, sinónimo de verdad científica, y Poesía, más filosófica y universal, pero limitada a cantar e inventar. Un distingo que pesó en el pensamiento clásico donde la Historia, gracias a Cicerón, Herodoto, Tucídides, Jenofonte y Plutarco, adquirió credenciales de disciplina y una funcionalidad pragmática para que «el pasado fuera modelo del presente y del futuro». Por el contrario, el Filósofo-Poeta de Platón, aún coronado con mirtos, quedó relegado para entretenerse con las Musas en el Parnaso o el Olimpo y ello, fundamentalmente, porque «los poetas mienten».

Durante siglos la separación siguió siendo tajante: mentira y verdad se oponían, aunque la *mimesis* de la realidad ya estuviera presente en el origen mismo de la ficción. Sin embargo, a partir del sorprendente descubrimiento de América y de la vocación del hombre renacentista para «crear una nueva realidad con los inventos, con los descubrimientos, con las aventuras y el riesgo, con la libertad de la ficción» —ese nuevo *uomo universalis* que recordó Alfredo Roggiano— puede hablarse de una progresiva integración de lo fáctico y lo imaginario.

Un primer excelente ejemplo lo constituyen las Crónicas y Relaciones del período colonial. Ahora pueden distinguirse la leyenda, la realidad y la fantasía en la *Relación* de Fray Gaspar de Carvajal, como hizo en el curso del Congreso, la profesora Trinidad Barrera o analizar como historia y utopía se combinan en la ficción de Fernández de Lizardi, como afirmó Luis Sainz de Medrano de la Universidad Complutense de Madrid. En esta misma dirección se inscribió el trabajo de Enrique Pupo Walker sobre los *Naufragios* de Alvar Nuñez Cabeza de vaca o la combinación de leyenda, mito, epopeya de los libros de caballería en la historiografía de las Crónicas de Indias o el rastreo que hicimos en nuestra presentación sobre «De la historia a la ficción: mito y utopía de la Ciudad de los Césares».

HISTORIA POETIZADA Y MITOS PRIMORDIALES

Las variantes de aproximación al tema —peceptibles a lo largo del Congreso— indicaron la apasionante complejidad de las relaciones entre historias y ficción en Iberoamérica. Mientras unos rastreaban «la historia verdadera» en la ficción de autores como Arturo Uslar Pietri, otros afirmaban que «el relato literario puede ser configurador de un referente histórico» (Myrna Solotorevsky de la Universidad Hebrea de Jerusalén). En este contexto, el ejemplo de la narrativa de vocación histórica de Alejo Carpentier fué objeto de una sesión especial, donde sobresalió el análisis sobre la «Desocultación y la visión integradora de la historia en *El arpa y la sombra*» de la profesora Alicia Chibán de la Universidad de Salta.

Si la historia es objeto de ficción, la condensa y la cristaliza en ejemplos paradigmáticos, resulta de gran interés analizar como puede llegar a ser poetizada a través del canto a sus héroes y de sus episodios más significativos. El proceso de la revolución mexicana se inscribe en esta corriente, desde Mariano Azuela a Elena Garro, tal como destacaron Lucía Fox, Daniel Balderston y el escritor Arturo Azuela. Más recientemente, se citaron los ejemplos de la revolución cubana y la figura de Sandino, aunque no faltaron las interrogantes sobre el género, tal como se plantearon Keith Mac Duffie al analizar el género de *La novela de Perón*, situada entre historia, testimonio y ficción, y Eve Marie y Claude Fell, representantes de universidades francesas en el Congreso, al hablar de las relaciones entre «Historia e historia de vida, testimonio y creación».

Novela que puede ser un testimonio histórico en las obras de Elena Poniatowska o Elizabeth Burgos —recordaron unos— pero también encarnación de símbolos, mitos y creencias en la de Agustín Yañez, Carlos Fuentes, Antonio Di Benedetto, Manuel Scorza o Mario Vargas Llosa, como sostuvieron otros. No faltaron tampoco los análisis sobre la simple trasposición literaria de episodios y hechos reconocidos de la novela y el relato histórico tradicional en la obra de Eduardo Acevedo Díaz, Manuel Gálvez o en las «tradiciones» de Ricardo Palma, autores a los que fueron consagrados varias sesiones de trabajo. Si el punto de vista de la mujer, marginada tantas veces del rol protagónico de la historia, apareció clara y sutilmente defendido en el trabajo de Lucía Guerra (Universidad de California) sobre Mercedes Cabello de Carbonera, el distingo entre la utilización de la escritura del poder y el poder de la escritura fue hecho por Bella Jozef de la Universidad de Río de Janeiro.

Con estos apartes se fue integrando a lo largo del Congreso una visión de la historia y la ficción profundamente entrelazadas. El auge actual de la novela histórica era su mejor prueba.

LA NOVELA HISTORICA TEÑIDA POR LA SATIRA Y EL GROTESCO

En efecto, de la última sesión plenaria consagrada a «La narrativa hispanoamericana: nuevas direcciones» en la que participé en un panel, conjuntamente con los críticos Sylvia Molloy, Jaime Alazraki, Roberto González Echevarría y Keith MacDuffie, surgió inequívocamente que el fenómeno más interesante de la actualidad se da a través del auge de la novela histórica. Allí se comprobó como los escritores latinoamericanos, después de haber asimilado ávidamente lo mejor de la literatura contemporánea universal, han sentido la necesidad de profundizar la propia historia del continente, incorporando el imaginario individual y colectivo del período colonial y releendo con una nueva mirada la literatura del siglo XIX.

Los panelistas observaron como la ficción aborda, desde hace una década larga, las sendas de los mitos degradados de una historia que se ficcionaliza con un saludable sentido del humor y sin la solemnidad de generaciones anteriores. Ha sido el propio Carlos Fuentes quien primero intuyó la necesidad de irrumpir en la historia por la anacronía y la sátira. *Terra Nostra*, es la espléndida fiesta del disparate histórico de profundo sentido alérgico. Lo sigue Fernando del Paso con *José Trigo y Palinuro de México*.

La tradicional novela histórica ha sido retomada con gusto desde el grotesco, la parodia y la desmesura del barroco que han heredado de sus mayores, por Germán Espinosa con *Los cortejos del diablo*, Abel Posse con su hiperbólico *Los perros del paraíso*, donde profundiza el estilo de su obra histórica anterior, *Daimón*. Más recientemente es interesante *La noche oscura del Niño Avilés* de Eduardo Rodríguez Juliá escrita como si fuera el resultado de una investigación histórica, donde se citan documentos y se presenta con indicutida verosimilitud fáctica el proceso de la colonia lacustre de la Nueva Venecia, ciudad imaginaria construida en los predios anegadizos, manglares, cercanos a la plaza fuerte de San Juan Bautista. Se recordó asimismo, la obra *Cavernícolas* de Hector Libertella, donde se reúnen tres cuentos relacionados por la idea del 'descubrimiento' y la aventura. En «la historia de historias de Antonio Pigafetta», Libertella utiliza un estilo anacrónico, ligeramente burlón, donde se comprueba lo afirmado por Lezama Lima: lo sospechoso que se vuelven los descubridores de mundos a los ojos de los comunes mortales. «A nadie le interesó andar confirmando la veracidad de estos informes», concluye irónicamente el autor.

En este contexto de una historia desacralizada por la ficción se mencionaron las obras del cubano Antonio Benítez Rojo y las del venezolano Francisco Herrera Luque, especialmente *La historia fabulada*. Como se recordaría en la discusión final de Nueva York, tal vez la visión más acertada y premonitoria de este renovado auge la tuvo Alejo Carpentier cuando anunció que la misión del escritor latinoamericano a fines de esta centuria sería de «un nuevo Cronista Mayor de Indias».

Lo que resultó evidente al término del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana es que la nueva narrativa está embarcada en la aventura de releer la historia, ejercitándose gozosa en las modalidades anacrónicas del género. Lo importante es que la ciencia historiográfica resultante no ha perdido en seriedad al estar enriquecida por la ficción y al abrirse a disciplinas tangenciales, del mismo modo que la novela no ha perdido en creatividad al reconstruir la historia. Del intercambio y las influencias mutuas debatidas en Nueva York salieron ambas fortalecidas.

FERNANDO AINSA
UNESCO, París
(Francia)